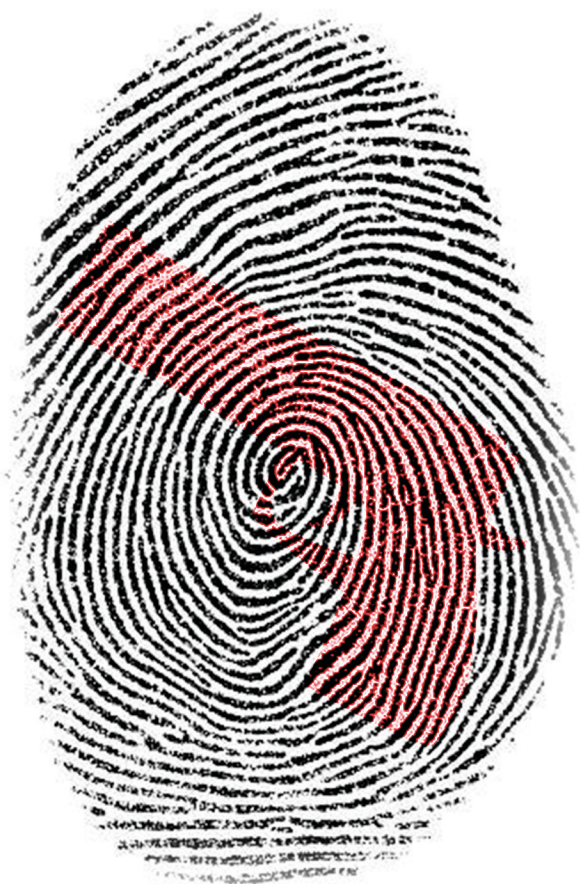


¿Y LOS NAZIS MATABAN ASÍ!



EDITORES

Guillermo Hernández Álvarez



EDITORES

¡Ni los Nazis mataban así!

Guillermo Hernández Álvarez

GUI—HER—AL

Guillermo Hernández Álvarez
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2022.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798852220516

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

*Ningún árbol se dice
Puede crecer hasta el
Cielo, a menos que sus
Raíces lleguen al infierno.*

Carl Hung

*El criminal jamás
Retrocede en el crimen.*
W. Shakespeare

DEDICATORIA

Este Thriller (suspense) novelístico, es un amistoso homenaje para todos los oficiales policiales. Fundamentalmente para las valientes funcionarias que gravitan en el filoso y sangriento eje de u carrousel de plomo rojo y caliente llamado: “Homicidios”.

GUI—HER—AL

CAPÍTULO 1

El tac-tac de un pesado bastón y el espeluznante tras-tras de un tenebroso taconeo, motivaron a varios pasajeros a fijar la vista en un individuo de barba bien oblada, llevando sombrero negro de ala ancha y gafas oscuras que cabizbajo y presuroso se bajaba en una parada del autobús.

Segundos después, los corazones vibraban y resonaban gritos desgarradores. La sangre corría por el espaldar del asiento donde un policía uniformado, tenía clavado un puñal en la nuca.

Se trataba del agente Tiberio Villares, un cuarentón algo grueso, de baja estatura, considerado por sus colegas y amigos como un hombre honesto y apreciado por su disposición a la cooperación.

Un antiguo reloj de pared marcaba las 8:30 a.m. cuando el comisario Ianalbert Olmos, con ceño fruncido y visiblemente malhumorado enraba en su oficina. Mirado de soslayo por la inspectora Patricia Trevers, de cara bonita, alta, de fuerte complexión, ligeramente encorvada por sus largas y rutinarias horas tomando declaraciones sobre una arcaica máquina de escribir.

Vivía sola, porque su marido también policía cumpliendo con su deber fue privado de vida por unos delincuentes que se resistieron a ser capturados y se cruzaron a tiros con la ley. Y su inolvidable madre había

fallecido meses atrás. Trasladada del eje de homicidios al departamento de tomar declaraciones en consideración de haber sido herida tratando de arrestar a unos ladrones, que la tirotearon en su muslo izquierdo.

Comisario lo he notado molesto desde que llegó — encolerizado inspectora Trevers, hace un rato he sido informado que mi amigo el agente Villares fue asesinado cobardemente en un autobús—.

—¿Cuándo comisario?— Según el reporte policial ayer a tempranas horas de la noche. Le asestaron una puñalada en la nuca—. Yo le conocí, —dijo— con tristeza la inspectora. Era un señor muy respetado y apreciado en la dependencia policial donde laboraba.

Cierto Patricia, debo dar mi condolencia a su hijo, quien es agente de Orden Público. Inspectora, en más de una década que tengo en este oficio jamás habían asesinado a tantos policías. Cuatro en dos meses que van del año, murmuró Patricia y normalizando su voz preguntó: ¿Quiénes en homicidios llevan a efecto esta investigación? ¿Alguna pista?.

Ningún indicio positivo hasta el momento. Un grupo escogido por el director nacional, esta abocado exclusivamente en este caso. Es evidente que se trata de un psicópata ensañado con la policía, su salvaje manera de asesinar es profundamente patológica. Al extremo que varios de los policías asesinados aparecieron con los ojos perforados. Se presume que es un sujeto de aproximadamente 1,80 (un metro ochenta cms.) de

estatura, fornido y forzado, por unas profundas y extrañas huellas que dejó cerca de un matorral, donde llevó y apuñaleó a una de sus víctimas.

También se conjetura que es un maestro del disfraz, y algunos fantasean que posee facultades ubicuas, porque aparece como una sombra fantasmal por todas partes.

—¡Nada de ubicuidad ni de fantasmas, comisario Olmos!. Pienso que hay algo muy ingenioso y curioso en el modo de acechar y seducir a sus víctimas, para llevarlos a los lugares donde comete sus abominables crímenes—.

—Buena hipótesis inspectora Trevers. Debemos andar con extrema cautela sin importarnos rayar en paranoia. Todos los funcionarios estamos jugando una fatal lotería, cuyos premios los pagan atravesando un puente tenebroso que finaliza en un sombrío y sin salida callejón mortal.

CAPÍTULO 2

Mientras los afligidos familiares del asesinado oficial de policía Tiberio Villarez se reunían para efectuar las exequias. Dos jubilosos gemelos festejaban lo que ellos consideraban una hazaña.

Lo felicito hermano, pero tenga mucho cuidado cuando vaya solo a ejecutar otra obra de arte. Estoy plenamente convencida que eres el genio de la venganza. La paciencia y destreza que has tenido desde que esos bicharracos que llaman policías mataron a nuestra madre es de alabar. Su genial idea de solicitar trabajo en una fábrica especializada en la manufactura de aparatos ortopédicos fue maravillosa, obteniéndolo aunque solo fuese como ayudante con el mero propósito de aprender y vaya como lo logró. ¡Loa a esa perfección!

Otra excelente idea fue de ir comprando adorables puñales en diferentes tiendas, sin exigir factura para no dejar pistas. Toda esa maestría desarrollada en pocos meses. —Gracias Satália, me hacía falta esa apología. Usted también merece un justo reconocimiento: la variedad de raras pelucas, en distintas formas y colores, la nariz postiza que le preparé, las curiosas gorras y gafas que se pone son de maravilla. ¡Ni el diablo la reconocería!. Para nosotras las mujeres ese tipo de disfraz es fácil. Tienes razón, tú los atraes y yo los ejecuto. Esos bastardos carachosos andan

chiflados buscando a un sujeto de un metro ochenta centímetros de estatura, por esa razón fabrique el dispositivo ingenioso de veinte centímetros de altura. (Ja, ja, ja) los tenemos locos Satália. Ahora voy a preparar unos tacones especiales que amortigüen y silencien el delator Tras-tras.

¡Genial! Eres un artista digno de un Oscar de Hollywood. Y ahora Satánio ¿Cuál va a ser nuestra próxima actuación para agregar un nuevo galardón a nuestra codiciada colección? Muy pronto lo sabrás Satália. ¿No te gustan las sorpresas? Me fascinan Satánio.

Hermana, hace tiempo que no visitamos el Hipódromo. ¿No te gustaría ir hoy? —Claro que si hermano, como intervalo a nuestra vengativa obra maestra. ¡Exacto!

Para luego continuar nuestra prodigiosa actuación y establecer un periodo de terror que habría hecho estremecer de envidia a Robespierre. —Satánio, no menciones a ese señor, recuerda que fue guillotinado. Deja la superstición, fue guillotinado, porque tenía fama de ser incorruptible, atributo que no con nosotros, que somos genios infalibles del horror.

En el hipódromo, con el programa hípico en sus manos, Satália leyó el nombre de un caballo: “Santo Veloz”. Satánio me gusta ese número 6 “Santo vele”, porque tiene el nombre emi patrono. Aunque aquí va: “Puñal de Oro”. Juguemos los dos y esperemos el resultado. Terminada la carrera el triunfo correspondió a “Santo Veloz”.

—¿Qué te pareció Satánio?, ganó galopando. —Así es Satália, pero eso de tu patrono no me lo trago, el programa hípico debe tener un error. Ese caballo debe llamarse “Diablo Veloz”. A propósito allá veo al feliz propietario, que le toman varias fotografías y le entregan una dorada copa, como me gustaría que averiguaras su dirección, para e3nregarle un puntia-gudo trofeo de acero.

CAPÍTULO 3

Era casi mediodía, después de haber recibido varias declaraciones, mirando su reloj, le extrañaba que su jefe el comisario Olmos no hubiera llegado.

Al rato decidió hacer una llamada telefónica. Buen día comisario, disculpe la llamada, como usted nunca se demora tanto, estaba un poco preocupada. Gracias Patricia, la triste noticia que voy a darle si es para preocuparse y lamentar: La esposa del inspector Rosales, fue asesinada anoche entrando en su propia casa. Le asestaron dos puñaladas y le sacaron los ojos. Una de las heridas fue en la nuca, la diabólica marca que deja ese execrable criminal. Es hora de ponerle los ganchos a ese sanguinario psicópata. Asesina con infernal furor. ¡Ni los Nazis mataban así!

Me dirijo al despacho del comisario Jefe de Homicidios, para manifestarle mi deseo de participar en la investigación de este intrincado caso. Estoy seguro dará el visto bueno por mi experiencia de dos lustros en ese ámbito.

Así pues inspectora Trevers, regreso a las peligrosas cortinas infernales. —Para una mujer como Trevers, con un extraño don para la investigación e inmenso coraje para la acción, su trabajo como amanuense tomando declaraciones le resultaba algo aburrido. De modo que ella también quería descorrer las tenebrosas cortinas de plomo caliente su deseo era crucial.

CAPÍTULO 4

Lloviznaba cuando la inspectora Patricia Trevers desde su vehículo divisó el rótulo del elegante cabaret “El Piano de Oro”, agradable establecimiento que solía frecuentar cuando laboraba en homicidios. Recordó los exquisitos pasteles y deliciosas merengadas que allí expenden y el deleite de escuchar las bellas melodías interpretadas magistralmente por una señora de mediana edad, que cantando las acompaña tocando un pino de media cola.

Recordaba también que en ese negocio, tuvo la suerte de sospechar de dos individuos con cara de pocos amigos que entraron en el salón. La manera brusca de tomar asientos, sus constantes secreteos, los zapatos terrosos y sus chaquetas raídas en ese vistoso cabaret, motivaron suspicacia como investigadora policial. En esos días estaba investigando el Abyecto secuestro de una adolescente, cuyos padres estaban en profunda desesperación.

Algunas veces en una pesquisa policial, surgen aleatorios acontecimientos que conllevan al esclarecimiento de un delito punible.

Con satisfacción le vio a su memoria, la idea de retirarse discretamente y esperar en su automóvil que los dos sujetos salieran, para observar las características del vehículo, tomar el número de la placa y seguirlos si fuese posible.

No fue necesario esperar mucho, quizás algunos quince minutos. Era una camioneta de tres puertas, dos delanteras y una trasera, diseñada y construida para facilitar el transporte de mercancía. No fue capaz de precisar el color, era indefinible, tal vez “Picasso” o “Dali” u otro pintor surrealista, hubiesen podido descifrar el color. A duras penas distinguió el número de la placa, anotó la matrícula y accionó el motor.

Esperó que se alejaran aproximadamente cien metros y les siguió. Cruzaron en una transversal que desembocaba en una amplia avenida, redujo la velocidad esperando que llegaran a esa vía. Apenas divisó la parte trasera de la camioneta cuando su vehículo entro en el Boulevard, luego giraron rumbo hacia una autopista. Empezaba la penumbra dificultando el seguimiento. No obstante aceleró un poco sin encender las luces, de pronto notó que redujeron la velocidad. Algo asustada también redujo la celeridad pero se alegró cuando bajaron por un inclinado terreno arcilloso. A pesar de estar llegando la noche, pudo distinguir un rancho al lado de un destartado galgón, donde la camioneta se le perdió de vista, porque giró ocultándose por la parte posterior del galpón. Rápidamente se alejó y encendió las luces, su corazonada de que estos sujetos fuesen los secuestradores creció y la impulsó a tomar su celular, para comunicarse con el Eje de Homicidios.

Varios funcionarios del grupo antisequestro, rodearon el rancho y el galón. Por fortuna el presentimiento y

buen olfato de la detective Travers sucedió. Había tenido una intuición acertada, allí estaba la adolescente amordazada y amarrada, sentada en el suelo, vigilada por la delincuente madre de uno de los dos secuestradores que se entregaron sin poner resistencia.

Obviamente la alegría de los angustiados padres fue indescriptible. El exitoso y feliz desenlace de ese caso, dio motivo para el ascenso a inspector de la detective Patricia Trevers.

El tiempo empedraba, empezaba a tronar y decidió entrar en el Cabaret.

Aparcando le pareció raro que solo habían cuatro vehículos estacionados, no se lo atribuyó a la lluvia, porque en otras ocasiones de peor tiempo estaba casi abarrotado.

Apenas entro percibió la melancolía en el ambiente. Solo se escuchaba el murmullo de una pareja, cuyas caras reflejaban alegría.

Como era su costumbre, ocupó una mesa muy cerca de un lejano rincón. Pero esta vez no solo en reservado de la descarga de un arma de fuego, sino también previniendo el sorpresivo y traicionero ataque de un filoso gélido puñal de acero.

Una empleada con un paño encima de su hombro izquierdo se le acercó: —Buenas tardes ¿qué les puedo servir?— Una merengada y una porción de esos exquisitos pasteles que ustedes expenden por favor.

—La merengada si, con mucho placer, pero el pastel es imposible.

—¿Imposible? ¿Por qué es imposible?— Porque la propietaria de este cabaret, la que hacía esas deliciosas tortas, fue asesinada de la manera más cruel y espantosa, hace apenas quince días. La apuñalaron y le horadaron los ojos. ¡No me diga! ¿La señora que canta y se acompaña tocando el piano? —Si, lamentablemente si, según se puede ver, usted la conoció— cierto, afirmó estupefacta la funcionaria. Y luego repuso: Yo era una de los muchos asistentes que se deleitaba escuchando sus magníficas interpretaciones musicales. —Al parecer usted no conoce a la hija de la difunta Ester, que así se llamaba la patrona. ¿Quiere conocerla? —Si, por favor, puede decirle que es de mutuo interés conocernos—. Es aquella joven que está escribiendo algo al lado de la caja registradora, ya se la presento y le sirvo la merengada.

Al rato, una joven muy bonita con visible timidez y notablemente triste se aproximó a Trevers, que le extendió la mano y la invito a sentarse.

—Mi nombre es Patricia Trevers, soy policía, no sabía que el inspector Rosales, tu progenitor, un excelente dactiloscopista, era el esposo de tu señora madre, Dios la tenga en el cielo. ¿Cómo te llamas? —Mi nombre es Gabrielle, y tras una pausa balbuceando dijo: —No me resigno a la ausencia de mi bella madrecita—, ya todo en este cabaret me parece siniestro y no pudo añadir mas porque prorrumpió en sollozos.

—Comprendo tu angustioso sentimiento Gabrielle, y me entristece tu aflicción, pero no te dejes abatir. Yo he sufrido mucho por el fallecimiento de mi inolvidable madre y por la trágica muerte de mi esposo, apenas tenía un año de casada, quede absolutamente sola. Trabajé en homicidios, y actualmente en la sección de tomar declaraciones. Te prometo, voy a trabajar por mi cuenta en este repudiable caso con mucho empeño. Mi compañero de labores quien tiene una vasta experiencia en homicidios, está abocado en esta investigación no cejaremos hasta descubrir y atrapar al culpable. Aquí tienes mi tarjeta de presentación. Cualquier individuo que observes sospechoso en este cabaret, no obstante saber que tu padre también es policía, no vaciles en llamarme, estoy complementa a tus órdenes.

En ese instante, unos ojos grises y tenebrosos como un mar borrascoso, observaron a la inspectora Trovers, dar a Gabrielle la tarjeta de presentación.

Hermana, sospecho que aquella mujer que le ha dado una tarjeta a la cajera, es policía, cuando salga, discretamente la sigue y precise todos los datos relacionados de ella, su dirección y detalles característicos de su vivienda. Porque muy pronto la visitaré para obsequiarle un hermoso clavel de bellos colores.

CAPÍTULO 5

El día siguiente, terminada su diaria labor en la oficina, Patricia Trevers se dirigió a su casa.

Pensaba visitar algunos centros nocturnos que conocía. En esos lugares había logrado valiosas informaciones que ayudaron a resolver difíciles investigaciones. Quería comenzar la pesquisa del intricado caso comentado con inquietud en las esferas policiales y bautizadas por la prensa y otros medios informativos: —“El Bastón Asesino”, por esos sitios.

Empezaba a obscurecer, cuando llegó a su humilde vivienda. Su difunto esposo hizo construir una azotea, donde después edificó un dormitorio con una amplia ventana enrejada, con el propósito de tener mejor ventilación.

Por precaución siempre desenfundaba la pistola antes de entrar. Activó el interruptor para iluminar la sala, no funcionó, supuso que la bombilla se había dañado, no obstante la penumbra, fijaba la mirada en la estancia, no observó nada extraño. Subiendo la escalerilla para iluminar el dormitorio en la azotea, recibió un bastonazo que la hizo tambalear y soltar la pistola, al tropezar su7 mano con el borde de un pedañó. A pesar de la reinante oscuridad pudo ver una mano con guante blanco que blandía un puñal serpenteando para localizar su nuca, con energía le dio

un karatazo en el brazo obligándolo a soltar el puñal que soltó y rodó deslizándose por el suelo, pero otro bastonazo en la cabeza el dejó medio aturdida. Sin embargo pateaba con furia y tanteaba buscando su pistola en vano. Una de las patadas debió haber dado en alguna parte vital del Agresor porque dio un grito de dolor y cobardemente emprendió la huida, resonando un tac-tac y el misterioso tras-tras de un aterrador taconeo, que según varios pasajeros del autobús donde fue asesinado el agente Villares, manifestaron haber escuchado y así lo declararon al ser citados en su despacho.

Se sentía ligeramente mareada y con dolor, palpando la región del cráneo donde recibió el golpe, percibió un chinchón, no sangraba, no había herida, solo una protuberancia. Su abundante cabello había amortiguado la contundencia del bastonazo. La chaqueta de cuero también había paliado el violento garrotazo.

Un poco recuperada subió al dormitorio, pulsó el interruptor y con la iluminación proyectada hacia la escalera divisó la pistola. Bajó y furiosa agarró el arma de fuego. No le molestaba tanto los golpes, sino la cólera por no haber podido agarrar al traicionero y esta vez frustrado psicópata asesino, en su maniática obsesión para matar.

La puerta dejada abierta por el criminal, permitía el paso de una tenue luz proveniente de las farolas de la vía pública. Se alejó unos pasos de la puerta con la pistola en mano y observó la calle desierta.

La débil luz que entraba fue propicia para examinar la bombilla. El astuto asesino, la había desenroscado a un nivel preciso para que no iluminar. La ajustó y la iluminación hizo brillar la hoja del puñal adosado a una pared. Recorriendo con la mirada la sala, visualizó donde estuvo agazapado el psicópata, un recudido espacio entre una pared y la escalerilla.

Cerrando la puerta inspeccionó la cerradura, la llave giraba correctamente en el cilindro, y el cerrojo descorría perfectamente. El maldito asesino debió usar una llave maestra o algo similar.

Aunque dudaba que el criminal quisiera regresar, fijo la vista en una consola, la arrió con firmeza a la puerta, y le colocó una pesada silla encima.

De nuevo subió, persistía el dolor, sintió sed y un calor sofocante. Con suficiente agua ingirió un analgésico.

Caminando por el dormitorio se acercó a la enrejada ventana que daba vista hacia la calle y observó total normalidad.

Un torbellino de nublosos pensamientos le sobrevinieron que la inquietaron. Le temblaban un poco las piernas, pero poniendo orden a esos grises pensamientos de tranquilizó. El analgésico comenzaba a mitigar el dolor. Por último cansada se dejó caer en su lecho y se quedó dormida.

Pero fue un sueño de imágenes sombrías, sombras tenebrosas cabalgando y blandiendo largos puñales

en las tinieblas. Un ruido considerable la despertó, sobresaltada cogió su pistola colocada debajo de la almohada; enseguida abriendo la gaveta de un tocador, extrajo un silenciado y se lo ajusto con sigilo abrió la puerta apuntando con su arma de reglamento hacía la escalerilla. Escuchó los pasos de alguien saliendo con precipitación. Bajando rápidamente pudo observar la silla, causa del estruendo tirada en el piso y la consola ladeada.

Desde el umbral, divisó a una mujer desgredada que corría calle abajo. Quiso seguirla pero ya estaba bastante alejada al cerrar la abajo. Quiso seguirla pero ya estaba bastante alejada, al cerrar la puerta, vio una peluca roja enganchada en un clavo introducido en la puerta. La llevaría al laboratorio para que la examinaran.

De nuevo arrimó la consola y le puso dos sillas encima. Posiblemente esa y antigua prevención a había salvado la vida.

Tenía sospechas que eran dos los psicópatas asesinos, ya no tenía dudas. Diligenciaría para cambiar la cerradura y poner un picaporte. Aun así su vivienda no le parecía segura.

Debía de ser la una o las dos de la mañana, apenas sentía un ligero dolor en la espalda. Acostada y leyendo recordó uno de los funestos pensamientos que la habían inquietado. La hija del inspector Rosales, la joven que conoció en el cabaret, a su juicio corría peligro, sospechaba que los criminales frecuentaban ese negocio.

Sumida en ese pensamiento y extenuada se quedó profundamente dormida.

Se despertó tarde, miró el reloj las 7:40 a.m. ya no sentía dolor.

Duchándose pensaba en las peligrosas circunstancias de la pasada noche, era milagroso que estuviese viva.

Preparó café y un emparedado se vistió rápidamente y se dirigió a la oficina.

Llegó retrasada. El comisario Olmos la esperaba y sonriendo manifestó: Patricia, empezaba a preocuparme, en casi dos años que tienes laborando en este departamento, es la primera vez que llegas retrasada. Decidido estaba para telefonearte. —Gracias Ianalbert, luego que te cuente mi terrible y larga noche como la noche polar de ayer, comprenderás el motivo de mi retraso. Terminado el relato; el comisario exclamó: —¡Dios bendito! Esa milagrosa silla te salvó la vida y también tus conocimientos en combate. Supongo que en esa bolsa esta la peluca roja y el puñal. —Si— fue tanto el desespero de la condenada muer en huir y el obstáculo de la cónsula que la peluca se le desprendió al engancharse en un clavo donde suelo colgar un adorno navideño.

—Querida amiga eres la única persona que se ha salvado del maldito puñal de ese asesino, ahora sabemos que estamos investigando y luchando con un espeluznante dragón de dos cabezas. —Si. Y la verdad es que se nos complica la situación, afirmó Patricia—.

—Cierto, aunque la posibilidad de que cometan un desliz que favorezca nuestra investigación es mayor, aseguró Olmos. De todos modos cariño, estoy muy contento porque saliste ilesa de las peligrosas tinieblas de anoche. Gracias Ianalbert, por esa manifestación de aprecio. Pero le extrañaba que su superior en jerarquía expresara con dulzura: “Querida” y “Cariño” y sintió una infinita alegría. A un tiempo pensó que eran ilusiones, había sufrido mucho por la trágica muerte d su esposo y tenía pensado no tener relaciones amorosas jamás. Aunque su inolvidable madre decía: “en el amor no manda nadie”. No se debe expresar nunca esa palabra “Jamás”.

—Ianalbert, tengo el presentimiento que esos demonios frecuentan el cabaret que ahora administra y personalmente atiende Gabrielle. Considero necesario informarle a su padre mi sospecha para que tome las prevenciones pertinentes. No olvidemos el secular aforismo judicial que anuncia: El criminal casi siempre regresa a la escena donde cometió el crimen o al lugar que su víctima frecuentaba. “Como perro que vuelve a su vómito”.

Probablemente esos psicópatas adoptan un modelo de comportamiento similar.

Cierto, es una buena conjetura cariño, que personalmente le voy a participar a nuestro colega y de paso llevar esa macabra peluca roja al laboratorio para que la analicen. Por el momento solo tenemos una decla-

ración pendiente. No te preocupes yo la recibiré. En tu relato mencionas que vas a cambiar la cerradura y colocar un picaporte, te concedo el día libre para ese importante menester.

Otra cosa, quiero visitar algunos lugares nocturnos esta noche. Desearía tu compañía para que unidos empecemos a trabajar en esta compleja y peligrosa investigación.

—Casualmente Ianalbert, tenía previsto ayer comenzar la pesquisa por esos centros.

¿Cómo? Sola cariño. No debemos subestimar la monstruosa criminalidad de esos psicópatas. —Tienes razón, además me encantaría trabajar contigo en esta difícil y arriesgada investigación.

—Gracias, antes de partir hacia esos sitios, podemos entrar al recinto de tiro al blanco. Es conveniente afinar nuestra puntería. De allí nos dirigimos a cenar, invitación que he querido hacer desde hace tiempo.

—Después de terminar las diligencias en reforzar la puerta, la inspectora Patricia Trevers, sonreía feliz. Todo le parecía hermoso y en armonía, recordando con alegría las palabras: “Querida” y “cariño. La ardiente mirada de su compañero de labores Ianalbert Olmos, la motivaron a comprender que no eran ilusiones, sino una verdadera percepción de amor. Embelesada por el hechizo del fuerte y apasionado sentimiento se dirigió a un salón de belleza.

Entrando en la delegación, el vigilante a primera vista apenas la reconoció. ¡Caramba inspectora!, disculpe pero como luce usted de bonita. —Gracias señor Juan, muy amable. ¿Por casualidad vio llegar al comisario Olmos? —Claro que si, hace rato llegó muy alegre, y esta vestido como para ir a una fiesta.

Al mirarla Ianalbert exclamó: —Patricia ¡que bellísima estás! Y con voz melodiosa añadió: “Estás como para comerte”.

En el trayecto al recinto de tiro al blanco, dos funcionarios que los vieron pasar comentaron: “Que suerte tiene el comisario Olmos”.

Anocheecía cuando salieron del sótano, sitio para practicar el tiro al blanco.

Cenando en el restaurant, y deleitándose con un sabroso vino, Ianalbert fijando su vista en Patricia expresó: Cariño, me tienes fascinado. Además de bella y elegante, tu habilidad con las armas de fuego es excelente. —Gracias Ianalbert, he oído decir que tienes varios trofeos obtenidos en campeonatos de tiro internacionales. —Comentarios que fueron justificados en la práctica de esta tarde—.

—Gracias Patricia, pero el premio mayor, el que me haría más feliz sería conquistarte y me aceptaras como tu novio.

—Muda por la emoción lo beso en la boca. ¿Este sorpresivo beso es un maravilloso “si” amor?. —Por

supuesto, estoy esperando que lo compenses. —“Un beso llameante como un sol, iluminó por completo al mediamente alumbrado restaurant.

Patricia, siempre recordaré este encantador momento como un deslumbrante sueño de una mágica noche de primavera, hecho realidad.

Ahora deseo celebrar nuestro noviazgo en “El Cisne Azul”, un fascinante salón de baile, cuyo propietario es un viejo y gran amigo de nombre Kevin Auber, un señor sexagenario, dotado de gran vitalidad y perspicacia, que trabajó por mucho tiempo como investigador privado. En varias ocasiones me proporcionó valiosas informaciones que ayudaron a esclarecer oscuros casos.

Apenas entrando en el “Cisne Azul”, Trevers divisó un velador desocupado cerca de las lejanas paredes de un rincón. Asiéndolo a su novio por un brazo lo guió hacia allí.

—Buena táctica amor, yo también empleo esa estrategia, principalmente cuando laboraba en homicidios.

—Mi cielo, de nuevo estamos transitando por el corredor de la muerte, y peor porque solo se ven sombras fantasmales con ojos perforados, horribles pelucas y escalofriantes puñales.

En el momento que tomaban asiento, el propietario los divisó y sonriendo complacido se encaminó hacia ellos.

—Notando la proximidad de su amigo, el comisario Olmos, enseguida se levantó. Luego de un abrazo fraternal, manifestó—

—Kevin, tengo el inmenso placer de presentarte a la inspectora Patricia Trevers, quien es compañera de labores y desde hace pocas horas mi bella novia—. Encantado de conocerla inspectora. Me llamo Kevin Auber, es un honor que haya escogido mi humilde establecimiento para festejar vuestro noviazgo. Ocasión que merece ser celebrada con un brindis. Con vuestra venía, voy a ordenar una botella de champagne.

—Gracias señor Auber, su acompañamiento nos complace mucho, manifestó Patricia.

Al rato, saboreando la champagne, el comisario dijo: Kevin, Patricia y yo, regresamos a las minas de cobre rojo. ¿Cómo? ¿De nuevo en Homicidios? —Si. Pero por propia y decidida disposición. Queremos ayudar a descubrir y resolver el cangrejo policial que los medios informativos han bautizado “El bastón asesino”.

—Precisamente Ianalbert, ayer leyendo la prensa me enteré de lo difícil que ha sido descubrir a ese criminal, que según algunos testigos mide aproximadamente 1.80 de estatura, llevando una barba blanca y larga, gafas oscuras y un sombrero negro de ala ancha. Reseñan también que aparece como un fantasma en un tranvía, resonando con el bastón un tac—tac y un espeluznante tras—tras, que hace crispas y helar la sangre de espanto.

—Kevin, voy a confidenciarte algo: no se trata de un solo criminal, es una pareja de Psicópatas asesinos. —¿Cómo así, Ianalbert? —Patricia por favor cuénta-

le a nuestro amigo Kevin, sobre tu macabra noche de ayer—. Terminado el relato, el señor Auber asombrado exclamó: ¡Cielo Santo! —esa silla y su destreza en combate corporal, le salvaron la vida inspectora, supongo que la peluca y el puñal deben estar en el laboratorio, para la respectiva experticia. —Así es Kevin, afirmó Ianalbert a propósito siempre he sentido admiración por tu agudeza en la investigación privada, cualidad que da motivo para preguntarte: —¿Qué perfil le darías a esos asesinos? —Por la forma salvaje y monstruosa de asesinar son drogadictos y resentidos sociales. Esos sujetos indeseables viven aislados y solo dejan sus escondrijos para robar, comprar la droga y desde luego cuando van a visitar sitios para localizar a sus futuras víctimas.

—La impunidad les acrecienta su voraz apetito criminal. Se creen unos genios al valerse del cobarde factor sorpresa y empiezan a gravitar en una esfera sombría, exaltando y exultando una voluntad de poderío. La filosofía de Nietzche del superhombre, pero adaptada y aplicada demencialmente para asesinar. A final en su locura, menosprecian y se burlan de la implacable acción de la justicia y caen en las redes policiales. Sin embargo amigos, hay muchos crímenes que quedan impunes. Esta madrugada el retumbar de un trueno, me hizo recordar uno de esos casos. Si me lo permiten con mucho gusto lo relato. —Por supuesto señor Auber, afirmó Patricia con alegría, refiéralo por favor.

—Temíla Durafáles, una mujer forzada, corpulenta, alta de estatura, sería e impenetrable como la esfin-

ge, si hubiese nacido con un solo ojo no era difícil imaginarla como la reencarnación del mitológico cíclope. Hacia alarde de tener una memoria de elefante circense. Se ganaba su sustento haciendo trabajos domésticos. Por su elevada estatura y corpulencia le apodaban “La Giganta” Durafáles, casi terminándome un trabajo escuchó un distante tronar, que la motivó a detener el planchado de la ropa, con prontitud se dirigió al pequeño estudio—biblioteca donde en ese momento estaba leyendo.

—Patrón, permiso y disculpe por irrumpir, pero escuche un trueno y suspendí mi labor. Esta potencial tempestad me causa nerviosidad, solo cuatro camisas faltaron por planchar, mañana con seguridad termino ese trabajo. — No se preocupe señora Temíla, muy prudente su decisión de suspender esa actividad, debido a esta incipiente tormenta, lo que no creo es lo de su nerviosidad usted no parece ser una persona que se asusta fácilmente y menos por un temporal de aparente poca intensidad.

—Una risotada o más bien un estruendoso cacareo resonó. Plasmando en mi mente el imaginario chillar de un animal prehistórico.

—Jefe, a usted le consta que tengo buena memoria, ¿verdad?.

—¿Buena? Excelente, sin duda Temíla. ¿Por qué lo dice? —Hace más de veinte años se cometió un crimen en este vecindario, el asesinato de una fulana, que según se comentó por estos alrededores y la

versión noticiosa de la prensa, le asestaron catorce puñaladas. Se comentaba también que usted como investigador privado ayudó a resolver muchos casos difíciles, los llamados policialmente “Cangrejos”. — Señora Durafáles, los aciertos logrados en una investigación policial se deben a un trabajo mancomunado y exhaustivo de un equipo profesional. Una mirada severa, acompañada de una mueca desaprobadora me sorprendió.

—Señor, que opina usted del crimen perfecto? —No existe tal perfección Durafáles, lo que acontece son las pesquisas mal orientadas y algunas impropias llenas de vicio.

—De nuevo amigos, noté un gesto similar, pero más visible y desdeñoso. Dibujándose en la comisura de los protuberantes labios de La gigante un visaje triunfal, que activó mi atención generando al instante una considerable sospecha.

—Inquieta por mi penetrante mirada repuso: —una vecina ya fallecida, me contó varios pormenores relacionados con ese suceso. —¿Cómo por ejemplo Temila? —Según ella, el asesino fue su propio marido que regresando de un corto viaje, abrió con sigilo la puerta y luego la mato. Los vecinos más cercanos no oyeron el acostumbrado ladrar del perro, cuando un extraño se acercaba a la puerta. Solo escucharon los truenos ocasionados por la tempestad que aconteció esa madrugada.

—Disculpe Temíla, yo conocí de vista a la señora asesinada, supongo que usted también la conoció.— Un violento cabeceo de negación y un semblante que mostraba favor se ajustó con el relámpago que iluminó totalmente el estudio biblioteca. El retumbante trueno que advino a ese rayo, puso a temblar a La Giganta, que trémula preguntó: ¿Pueden regresar los muertos patrón? —Comprendiendo la repentina zozobra y crónica neurosis acendrada en tantos años en la corpulenta mujer, con la intención de profundizarla respondí: ¡No sé! Pero con toda seguridad le digo que la bestia que cometió tan salvaje y horrendo crimen, nunca tendrá paz y el espíritu de la víctima atormentará al asesino toda su vida.

—La enorme estatura de La Giganta, parecía disminuir, de su frente ciclópea brotaban diminutas gotas perladas de sudor. —De repente una altisonante imprecación: —¡Maldición! Anatema que casi me fulmina como un certero fusilazo del último rayo de esa breve tempestad.

—Perdón jefe, voy al baño. —A paso largo y dando traspiés salió del estudio, encaminándose por un pasillo de poca iluminación, que sin embargo proyectó la siniestra y descomunal sombra de La gigantesca mujer—. “Huye el impío sin que nadie lo persiga”, (Proverbio 28—1), pensé en ese momento.

Aproximadamente media hora, tardó Temíla Dura-fáles en regresar, con los ojos inyectados de sangre,

y el rostro congestionado por el llanto, a pesar de haberse restregado un diluvio sobre su cara. Señalándose tácitamente como indiciada de primer orden de ese monstruoso asesinato que quedó impune. Pero dejando el estigma de un sufrimiento espantoso, el de una terrible expiación.

De nuevo le pido perdón patrón, por salir con precipitación, algo extraño me cayó en los ojos y de tanto estregarlos enrojecieron. Mañana como le dije, término el trabajo. —Otro día Temíla, yo le aviso, aquí le tengo el pago por su labor, aproveche que ya dejó de llover, aunque observo oscuros nubarrones, el cielo continúa encapotado, presagio de una pronta y violenta tempestad.

—A punto estuvo La Giganta de batir el record de los cien metros, impuesto por el rayo jamaiquino Usain Bolt. ¡Cráneos y huesos!. Exclamó Patricia, un Thriller basado en un caso verdadero.

—Sí, corroboró el comisario, ese caso me trae recuerdo de un extraño y antiguo acontecimiento. —Refiérela Ianálbert por favor, expresó el señor Auber. —Amor, cuéntalo, afirmó Patricia.

—Por comentarios de algunos vecinos, supe que en esporádicas ocasiones transitaba por el vecindario un sujeto horrible, arrastrando una carretilla vendiendo aserrín. —Los niños y las mujeres se escondían espantados al divisarlo.

—Se decía también que se tornaba extremadamente peligroso cuando los muchachos le gritaban su apodo: “Muñeco E’Tusa”.

Olvidado totalmente de dichos comentarios, una mañana que había llovido mucho y proseguía una llovizna, un muchacho travieso lo divisó y nos dijo ¡allá viene “Muñeco E’Tusa” —Miré hacia el sitio señalado y con fijeza observé al ser más horripilante que pudiese imaginar: —Representaba a un cadáver saliendo de una sepultura y en vez de una carretilla, arrastraba un ataúd. ¡Un aterrador espantapájaros! —De piel muy blanca, casi albino, pelo erizado rojo llama nariz de bruja, ojos saltones, prominencia malar, flaco como un riel, el pantalón andrajoso subido a nivel de las rodillas y espantoso como el espectro de la guerra y su secuela.

—Siempre he pensado que si Alfred Hitchcock lo hubiese conocido, con toda seguridad, le habría contratado para alguna de sus magistrales películas de suspense y terror.

Pues amigos, aconteció que alguien gritó: ¡Muñeco E’tusa”!. —ipso facto! El galán paró la carretilla, agarró un trozo de bloque que siempre cargaba ex—profeso para esas ocasiones, y con toda su fuerza lo lanzó sin contemplación, obligándonos a esquivarlo para evitar nos valora la cabeza. Desde luego todos pusimos pies en polvareda.

El día siguiente se supo le había causado una lesión, afortunadamente de poca consideración a un despre-

venido transeúnte, que circulaba por otro lugar del vecindario, cuando el artista descargaba su pedrada artillería. También se comentó que “Muñeco E’Tusa”, tenía un hermano casi tan feo como el, dueño de una carpintería de mala muerte, que lo explotaba feudalmente: le cocinaba, lavaba la ropa y le daba el trabajo ímprobo del taller, a jornal miserable.

Algunos clientes del mencionado taller, afirmaban que “Muñeco E’Tusa”, era taciturno y nunca le notaron belicosidad ni signos de locura, salvo cuando llovía, le observaban intranquilo y huraño apilando el aserrín, juntar los trozo de ladrillos y con premura sacar la carretilla.

Frecuentes y suspicaces rumores surgieron por la súbita desaparición de “Muñeco E’Tusa”, del escenario artístico. Cuando le preguntaban al otro galán por su hermano, respondía tosco y nervioso: —¡No sé, no lo he visto más!— Generando con su tajante y mal-humorada respuesta, dudas y sospechas.

—No había transcurrido un mes de la repentina desaparición, cuando vieron a unos cargadores sacar los enseres de la carpintería, montándolos en un carro de mudanzas.

Días después, el propietario de la destartalada casa donde funcionaba el taller, manifestó que le potencial actor, no le mencionó sobre esa imprevista mudanza fugándose sin pagarle varios meses de alquiler.

Una señora noctámbula que residía el lado del taller, le contó a varias de sus amigas, que la noche anterior de la huida del artista, ella escuchó diabólicas carcajadas que le causaron crispatura.

Transcurrida casi una década de esa extraña desaparición, alguno que otro recordaba y preguntaba: —¿qué pasó con “Muñeco E’Tusa”,?.

—¡Sorprendente! Exclamó el señor Auber, y no se investigó esa extraña desaparición?.

—Yo era apenas un adolescente cuando aconteció ese caso expresó el comisario, quizás se trató de un crimen. —Si fue así, quedo impune aseguró Patricia.

—Esperemos que este aborrecible caso “El Bastón Asesino” se resuelva y los culpables sean castigados.

—Ten la seguridad Kevin, que podremos todo nuestro empeño por descubrirlos y apresarlos, manifestó Ianalbert Olmos.

—Casi olvidaba decirles que la clave para descifrar este misterioso caso pudiera estar en el crispante tras—tras de ese aterrador taconeo.

Pues bien amigos por el momento me despido, gracias por haberme permitido disfrutar con ustedes este venturoso festejo. —Por el contrario Kevin, los agradecidos somos nosotros por tu generosa receptividad y también por tu magnífica y experimentada explicación, afirmó el comisario Olmos abrazando al señor Kevin Auber.

Uniéndose a la concurrencia de bailadores, Ianálbert susurrando dijo: —Cariño, quiero expresarte cual es el secreto de la felicidad: ¿Aceptarías casarte conmigo al término de esta investigación? —Ahora sí creo que estoy viviendo una mágica noche, por supuesto amor—.

Dos días después, en una granja situada a pocos kilómetros del perímetro de la ciudad, los dos psicópatas asesinos festejaban otro abominable asesinato apenas cometido unas pocas horas antes, y planificaban el de la Inspectora Trevers. —Satánio, el único bicharraco que se ha escapado a la muerte hasta la fecha de nuestros hermosos y largos alfileres, es la sortaria policía, que la salvo una maldita silla que había encaramado sobre una consola. La próxima vez no usare un largo alfiler, sino la corta pero infalible aguja percutora de un precioso revolver calibre 38.

Hermano, esa condenada detective, tiene una deuda pendiente con nosotros. A usted todavía le molesta el karatazo que le dio en el brazo, que lo obligó a soltar su puñal.

Yo quiero teñir su pelo con sangre, así pagará el coste de mi bella y recordada peluca roja.

—De acuerdo Satália, pero debemos ser precavidos. Al parecer anda empatada en amoríos con un colega suyo.

—Cierto, yo los vi hace dos días, bailando muy acaramelados en el “Cisne Azul”, mientras tu dibujabas con el brillante lápiz de acero otra obra maestra. Se me ocurre Satánio, que es mejor así, pues compra-

remos dos por el precio de uno. ¡Exacto! Porque yo con mi bastón, imitaré a Moises, que con su vara, convirtió en sangre las aguas del “Nilo”. La diferencia será la espalda de ese tonto enamorado policía.

CAPÍTULO 6

Un adolescente que paseaba en bicicleta, vio un brazo inerte que sobresalía de un arbusto. Alarmado pedaleó raudo los aproximados quinientos metros que lo separaban de su vivienda.

—Notificada las autoridades, hallaron el cadáver de un joven agente recién egresado de la Academia de Policía. Tenía clavado en la nuca el diabólico puñal del execrable psicópata. Una nota en la mano del cadáver expresaba con odio: “Seguiré matando principiantes”. Es más fácil, Ja, Ja, Ja. Satán.

El llanto de su afligida y embarazada esposa, apoyada al ataúd era conmovedor.

Varios agentes uniformados, también recién egresados de la academia, presenciaban con profunda tristeza e impotencia la patética y tétrica escena.

Horas después el Alcalde de la ciudad, convocaba al Comandante General de la Policía y otras autoridades, para manifestar su gran preocupación por esos asesinatos en serie. Expresando su confianza en que las autoridades capturarían pronto al culpable a un tiempo ofreció una recompensa de 3.000 dólares por alguna información positiva de la identidad del asesino.

Tres días después, la prensa capitalina imprimió el sangriento suceso en que un conocido propietario de

un caballo de carreras, ganador de una copa recientemente, había sido asesinado salvajemente. Fue hallado con un puñal clavado en la nuca y los ojos perforados. Un escrito yacía al lado del cadáver: —Santo veloz” no debió ganarle a “Puñal de oro”. —Satán.

Sucédanse los días, un hermetismo insólito reinaba en las diferentes delegaciones policiales.

La inspectora Trevers, meditaba sobre las declaraciones hechas por varios de los testigos que iban en el autobús y presenciaron el asesinato del agente Villares y también su amarga noche que pasó donde casi pierde la vida, a manos del traicionero psicópata asesino, y lo manifestado por el experimentado investigador privado el señor Kevin Auver: —La clave para descifrar este complejo caso puede estar en el crispante tras—tras del aterrador taconeo.

—Un chispazo de ingenio le saltó: —Intuyó que el criminal está engañando a las autoridades. Quizás no es un sujeto de 1,80 de estatura, sino de una altura mucho menor. ¿Pero cómo? —En ese contexto, la única posibilidad que vislumbraba era que el asesino utiliza un aparato construido sagazmente para elevar su estatura, como una especie de ingeniosos zancos. Si es así, ese psicópata es más astuto de lo que imaginamos.

—Después de manifestarle a su compañero esa hipótesis, el comisario exclamó: —¡Cariño, me encanta tu teoría!. De modo que vamos a concentrar nuestra investigación en esa suposición, visitando desde maña-

na algunas fábricas especializadas en esas piezas, puede que encontremos algo interesante. Por lo pronto voy a solicitar un escribiente para que se encargue provisionalmente de recibir las declaraciones. Viendo la hora en el reloj de la oficina y las labores cumplidas dijo: Patricia, quisiera conocer el cabaret “El Piano de Oro”, para darle al agente policial camuflado de cocinero allí, ciertas instrucciones y saborear la merengada, la cual me has dicho es deliciosa.

En camino, Patricia telefoneo a Gabrielle, comunicándole que se aproximaba al cabaret para visitarla.

Luego de un emotivo abrazo y la cordial presentación de su novio, que sonrió divertido, cuando fue tomado de la mano y llevado a un lejano rincón.

Qué lugar tan agradable cariño, y lo que significa para ti. Porque fue en ese cabaret, donde tuviste la corazonada, que los dos sujetos que llegaron esa tarde a este salón, eran los secuestradores de una adolescente, caso que tú investigabas, brillante intuición que conllevó a resolver ese complicado caso. Si Ianálbert, pero el recuerdo de la asesinada madre de Gabrielle me entristece.

Es patético el sufrimiento de esa joven que precisamente viene acercándose a nosotros. —Por favor Gabrielle siéntate, es un gran placer que nos acompañes. Patricia me ha manifestado el gran aprecio que siente por tu persona. Tu progenitor y yo, somos amigos desde hace muchos años, no obstante saber

que hay un agente policial en este establecimiento para protegerte, queremos reiterarte nuestra disposición incondicional de ayuda. Si notas a una pareja o alguien sospechoso, no vaciles en llamarnos. —Disculpe señor comisario, ¿usted hizo mención de una pareja? —Sí, son dos los asesinos — ¡Ay Dios mío!, anteayer observe a una pareja muy rara la mujer era muy fea y él más feo todavía se secreteaban constantemente, ambos tenían nariz de bruja.

Gabrielle, ¿Cómo era el cabello de la mujer? —Todo en ella era raro, su cabello era como verdoso— ¿por qué comisario? —Esa criminal suele ponerse pelucas, afirmó Olmos. Si de nuevo los ves, disimuladamente nos llamas y te diriges sin levantar sospechas, a la cocina, para poner sobre aviso al agente. Esta es mi tarjeta de presentación, ya tienes la de Patricia, no vaciles en llamarnos. —Gracias comisario ¿qué les apetece? —Dos deliciosas merengadas, dijo Patricia, adelantándose con jovialidad.

Deleitándose con la sabrosa bebida, Ianálbert, exclamó: ¡Como me gustaría arrestar a esos monstruos!. Cariño, es la primera vez como policía, que experimento este inquietante furor. —Comprendo amor, aunque en homicidios nunca investigamos, ni vamos a la caza de angelitos, sino demonios, pero esos asesinos son diablos de lo peor, la naturaleza salvaje y terrorífica de asesinar hace recordar a los aborrecibles Nazis. —¡Exactamente, exclamó Olmos, tengo la seguridad que esos monstruos no se entregaran sin

poner resistencia. No debe preocuparnos para nada la taxativa y ambigua moral policial de disparar en situaciones de extremada necesidad, es decir en defensa propia. Tenemos que administrar justicia y a ultranza ejecutar la ley.

La inestable luz crepuscular que enraba en ese momento en el cabaret, se desvaneció cuando fue iluminado por las lámparas eléctricas que no alumbraban eficientemente el lejano rincón, que parecía iluminado por una luz de candilejas.

CAPÍTULO 7

Al día siguiente muy optimistas empezaron la investigación.

Tras hojeando la guía telefónica, encontraron tres anuncios de fábricas especializadas en aparatos ortopédicos, con sus respectivas direcciones y teléfonos.

Visitaron la más cercana de la delegación. Ocho empleados constituían el personal de esa factoría.

Después de una averiguación el propietario les aseguró que todos sus empleados eran antiguos trabajadores y cumplían a cabalidad con el horario establecido.

Luego llegaron a una manufacturera distanciada del centro de la ciudad, a pocos kilómetros de una zona rural.

Una señora de tez morena y cuyo cabello era de color de nieve les atendió diligentemente. —Buenos días señores, a su orden. —Buen día señora, disculpe usted, somos oficiales de la policía, dijo Patricia, identificándose con su carnet y placa policial.

Estamos tras la pista de un criminal muy peligroso y sospechamos que trabaja o trabajó en una de estas fábricas ortopédicas. Agradeceríamos altamente alguna información al respecto. —Lo ciento señores oficiales, pero aquí solo trabajamos mi esposo, dos hijos y un señor que tiene laborando con nosotros más de diez años.

—Perdone señora, interrumpió el comisario, ¿sus dos hijos son varones y cumplen con normalidad el horario laboral? —Sí señor, todos trabajamos con puntualidad y algunas veces sobretiempo. ¿Por qué lo pregunta señor agente? —simplemente por curiosidad, que pasen buen día y gracias por su amabilidad.

—De pronto surgió una voz juvenil, que abriendo la puerta trasera que daba acceso al taller exclamó: —Aguarden señores, tengo cierta información que quizás sea de interés para ustedes. Hace aproximadamente dos años, nos solicitó trabajo un individuo, manifestando estar en una situación económica de extrema necesidad, que sus padres habían fallecido, dejándolo en la más completa pobreza, también nos dijo que lo habían atracado el día anterior, robándole la cartera con sus documentos personales, algo de dinero y un viejo reloj.

—Implorando y mirando a mamá con ojos humedecidos, explicó que necesitaba trabajar para ganar su sustento, barriendo, limpiando, y ayudando en todo lo que le asignaran, y finalizó asegurando que tan pronto le fuera posible iría a tramitar su cédula de identidad. Lo cierto fue que comenzó a trabajar con nosotros.

Por su propia voluntad trabajaba como un galeote. La maquinaria la dejaba como un espejo recién pulido, al igual los pisos de la oficina y del taller. Todo lo ejercía con una enigmática sonrisa que nos causaba incertidumbre.

Se notaba ansioso por aprender lo relacionado con este oficio. Mi padre, quien fue nuestro maestro observando el gran interés que tenía Exequiel en aprender, empezó a enseñarle. Fue asombroso lo rápido y bien que asimiló las enseñanzas, conviniéndose en poco tiempo en un excelente operario ortopedista. —Disculpe joven, interrumpió el comisario, usted mencionó el nombre de Exequiel, ¿verdad? —Sí, dijo llamarse Exequiel Vastondak, por cierto nos causó extrañeza ese apellido. Notando nuestra sorpresa, malicioso y con una mueca misteriosa repuso: Mi fallecido pare era ruso y se llamaba Ivan Vastonkak.

¡Exequiel! Exclamó Trevers, cortando la conversación, “como Exequiel, en el valle de los huesos secos, nos hemos sentido nosotros en este temeroso caso. —Y Vastondak, añadió Olmos, mirando inteligentemente a Patricia.

—Pero prosiga su valiosísima información joven, por favor.

—Para finalizar les diré que en vista de esa habilidad manufacturera demostrada, mis padres le ofrecieron un empleo estable y bien remunerado en nuestra fábrica, con la condición indispensable de tramitar su cédula de identidad lo más pronto posible, para poder legalizar sus haberes correspondientes.

—Pensativo y con una mirada oblicua hacia el suelo dijo: —Entonces mañana no vendré a trabajar para poder cumplir con ese requisito.

—De cuerdo, le concedemos tres días libres para que lleve a cabo esa condición ineludible.

—Señores oficiales, desde ese día se desapareció en las tinieblas.

—No tenemos duda que ese sujeto es uno de los dos criminales que afanosamente estamos buscando. Por la tarde enviaremos a un perito en retratos hablados, para que ustedes gentilmente describan la fisonomía de ese asesino.

—No hace falta señores investigadores. En una ocasión festejábamos con vino un cumpleaños de nuestro padre, se me ocurrió tomar varias fotografías con mi celular.

—Exequiel se mostró renuente en ser fotografiado. Pero ante la insistencia de mis padres, accedió de mala gana, manifestando que nos iba a complacer por agradecimiento, y luego con su habitual sonrisa caustica añadió: —Soy muy supersticioso, además de no ser fotogénico.

—Entonces significa que usted conserva en su celular la foto de ese criminal. Expresó con alegría el comisario.

—Sí señor y enseguida extrajo de su amplio pantalón para trabajar el celular, ante los entusiasmados gestos de los dos investigadores que rápidamente sacaron sus celulares para obtener la fotografía del asesino.

—Mientras miraban la cara del monstruo y la fijaban en sus memorias, la inspectora comentó: Los ojos saltones, la nariz de bruja y la curvatura de los labios es inquietante, un verdadero demonio. O más exacto aún: —La fisonomía del diablo, corroboró el comisario.

—Precisamente afirmó el joven, ese fue uno de los dos motivos que me alegraron cuando ese misterioso sujeto no regresó. Y el otro, que la víspera de su desaparición nos dio a conocer su desaforada y enfermiza ambición de ser rico a muerte, para salir del pauperismo.

Luego continuó diciendo que tenía una tía pudiente, la cual no consideraba familia, porque era arrogante y chocante, que vivía sola en una suntuosa villa llamada “Los Cerezos”, y nos dejó estupefactos cuando concluyó sentenciando y fijando con maligna mirada su mano izquierda: —Algún día la visitaré para regalarle un largo tallo de los llamados “Lirios Hediondos” y un hermoso ramillete de “Flores Negras”.

No se imagina usted lo valiosa que ha sido esta información para la colectividad nacional y lo contentos y agradecidos que estamos. Les deseamos un feliz día.

CAPÍTULO 8

Era una calurosa mañana, cuando la pareja de funcionarios policiales llegaron a la suntuosa villa de siete grandes y magnificas residencias. Una piedra rectangular de granito negro con un rótulo rojo en relieve indicaba: —“Los Cerezos”, casi adosada a una sólida cerca y un amplio portón que permitía acceso vehicular al esplendido conjunto habitacional.

Un conserje de mediana edad se les acercó, —Buenos días, ¿Desean algo los señores? —Buen día señor, somos oficiales de la policía, dijo identificándose el comisario Olmos. Tenemos información que en una de estas residencias habita una señora que gentilmente pudiera suministrarnos algunos datos importantes para una investigación.

Bien, hace rato llegó la propietaria de aquella casa pintada de rosado y blanco, en su lujoso automóvil blanco, que vemos estacionado enfrente del porche.

Permítanme telefonar para notificarle vuestra presencia y autorice el acceso. Concedido el permiso para entrar y caminando los aproximados cincuenta metros que los separaban del inmueble, observaron a una mujer elegantemente vestida de negro que los esperaba en el umbral

—Mi nombre es Roxana Duváles, en que puedo ayudarles? —Perdone por importunar, estamos tras la

pista de dos criminales de gran peligrosidad y tenemos información que en una de estas residencias habita una tía de uno de esos delincuentes. Y perdone de nuevo, quizás usted pudiera ser esa persona.

—Por desgracia si señores. —los dos oficiales pudieron advertir el gesto avergonzado de la adinerada mujer.

—Por favor pasen y tomen asiento. —La hermosura de la estancia, paredes y piso de mármol, las fascinantes lámparas y el bellísimo amueblado maravillaron a la pareja policial.

—Por adversidad y dándome mucha pena manifestarlo, son sobrinos políticos. Adoptados por mi difunto hermano que se obsesionó sexualmente de una mujercilla de esas que llaman damas de compañía, quien tenía dos hijos gemelos (Varón y Hembra), cuando por desgracia la conoció. Endrogada y emborrachada como era habitual en ella, estando presentes los niños, le aseguró a una vecina que esos mellizos eran hijos de un perverso ruso que conoció en una taberna cercana a un puerto, que la abandonó al enterarse de su preñez. Afirmó también que los narizotas de los gemelos, eran heredadas. El retrato fiel del canalla padre, que después supo era hijo de un criminal de guerra y colaborador nazi.

Cuando mi hermano fallece, la granja que poseía llamada “Los Apamates”, pasó al arrastre de la culebra, que en lugar de trabajar para conservar la producción agrícola, la dejó deteriorar. Después se hizo cómpli-

ce, vinculándose con dos ladrones de vehículos, co-cainómanos igual que ella, y escondían los carros robados en la parte trasero del granero.

Una noche endrogado, enfrentándose a la policía, los tres fueron abatidos.

Ante esa trágica circunstancia, me encargué de los niños, en esa época yo vivía en mi antigua casa. Señores investigadores, a pesar de lo maligno que son, debo reconocer que son inteligentes. Casi no estudiaban, no obstante mis insistentes recomendaciones y consejos; siempre me asombró que sacaban buenas notas en el bachillerato.

Se les daba suficiente dinero para sus gastos diarios. Una madrugada sorprendí a Satánio robando dinero de mi cartera, perdone señora interrumpió la inspectora, se llama Satánio? —Sí, y la hermana Satália. Esos fueron los nombrecitos que les puso su diabólica madre, que según lo manifestado por varias personas que la conocieron era ferviente adoradora de Satanás. Pero prosiguiendo, cuando lo sorprendí robándome y le reprendí su mala conducta, como una fiera salto hacia la cocina y se armó con un cuchillo. Enseguida agarré una silla para protegerme, a todo pulmón di unos gritos y la vecina del lado acudió rápidamente para auxiliarme, en el acto lo eché de la casa, advirtiéndole que si regresaba, llamaríamos a la policía. Observamos a Satália, que con burla recogía todas sus cosas y se marcharon. —Usted mencionó que la granja se llama “Los

Apamates” ¿cierto? —Sí, y repito era una granja muy bonita heredada de nuestros padres.

—Muchísimas gracias por su amabilidad y sinceridad. Nosotros también seremos sinceros con usted, esos dos criminales que por desgracia son parientes suyos, son los asesinos del publicado y repudiado caso: —El Bastón Asesino”. —¡Santo cielo! “Los mata policía”, exclamó horrorizada la acaudalada señora. —No solo policías, también comenzó a matar civiles, pero no se preocupe, desde hoy mismo usted tendrá protección policial las veinticuatro horas del día, hasta que esos asesinos sean capturados.

—Tenemos la certeza que tanto usted como nosotros estamos en la macabra lista, que registra a las personas que según estos psicópatas tenemos que atravesar la sangrienta y fría callejuela de la muerte.

CAPÍTULO 9

Un cielo cubierto de nubes negras y una temperatura calurosa y húmeda presagiaba tormenta, cuando salieron de los “Cerezos”.

—Patricia, después de almorzar voy a formular el procedimiento a seguir, ahora que sabemos dónde está la madriguera de esos monstruos.

—Satisfechos con la exquisita comida, y deleitándose con un sabroso café Patricia expresó: —Amor, te noto pensativo—. Pensaba en el terror que han generado esos asesinos, no obstante el esfuerzo empleado por las autoridades poniendo en práctica todos sus recursos posibles: —Modus operandi —huellas— posibles escondrijos —lugares para adquirir la droga y los puñales—, y las opiniones de un perfilador criminal, sobre rasgos fisonómicos y un patrón en la campaña de violencia del criminal.

También cavilaba sobre el origen psicopático de esos asesinos. El vergonzoso y terrible estigma de enterarse por boca de su madre que eran bastardos y el engendrador al saber de su embarazo, los había abandonado y finalmente les clavó un puñal al sentenciar y marcar con hierro candente: —“Las narizotas son el retrato fiel de Iván Vastondak.

Buen razonamiento deductivo Ianálbert, por esa razón no especificó en el taller ortopédico su ascen-

dencia, sobre el abuelo y el padre. Dos rusos pro— nazistas hasta los tuétanos.

Ahora hablemos del procedimiento. “Cariño” conozco el lugar donde está situada esa granja “Los Apamates”, no está lejos del perímetro de la ciudad. Cerca de allí llevé a cabo una investigación.

Es una zona donde abundan los matorrales y culebras venenosas como el par de víboras que estamos encaminados a enfrentar. A propósito ¿Tienes borreguías apropiados, es decir botas altas para esa clase de terreno lleno de maleza? —No, pero tengo unos botines que tal vez sean útiles. —No para esos matorrales amor. —Debemos evitar riesgos.

—Comprendiendo la razón de su amado asintió, sin embargo insistió al preguntar: —¿No podemos aplazar la búsqueda de esos criminales para mañana, así tendré tiempo para comprar esas botas.

—Patricia, hemos tenido un día afortunado y el tiempo de una potencial borrasca nos favorece, posiblemente ese par de bestias están en su guarida.

Se me ocurre explorar con interés desde el vehículo los alrededores de la granja, para observar si es más conveniente penetrar “Los Apamates” por la parte posterior, cuando comience a oscurecer. También voy a apagar el celular para evitar llamadas que puedan delatar mi presencia en ese lugar.

Después de la inspección ocular, el comisario Olmos,

se dirigió a una venta de gasolina, apenas distante de la granja trescientos metros aproximadamente.

Abasteció el tanque de su automóvil y lo aparcó junto a un diminuto jardín, del propio establecimiento.

Empezaba a llover y a tronar, se puso su sobretodo con pasamontañas, revisó su pistola y la enfundó. Sin ser visto por el obrero encargado de surtir la gasolina, salió del vehículo y discretamente se alejó de allí, dispuesto a recorrer por la cuneta la corta distancia que lo separaba de Los Apamates.

Detrás del lienzo de una voluminosa lluvia, le vino a la memoria que en homicidios, casi empre se transitaba por densas cortinas, pero no de agua, sino de plomo caliente.

La tormenta empedraba cuando se aproximó a la baja cerca de un lateral de la granja, que la veía oscura detrás del velo del torrencial aguacero.

No fue difícil treparla y penetrar “Los Apamates”. La crecida hierba y la abundante maleza, dificultaban sus movimientos, pero al mismo tiempo le favorecían. Al igual los truenos que silenciaban el crujir de los vidrios de botellas rotas, algunas clavadas sus picos a propósito para obstaculizar por ese lado el acceso a la casa de la granja.

El fuerte viento que acompañaba a la tempestad, hacía bailar “Los Apamates”, cuyas ramas proyectaban sombras fantasmales, alumbradas por los frecuentes

relámpagos. El escenario era realmente aterrador. Cada paso le resultaba surrealista, como si existiera en otro mundo, una extraña y sombría esfera llena de espanto y de terror.

La adrenalina le subió a la cabeza, alterándole el pulso y los latidos del corazón.

Poniendo orden a su pensamiento se tranquilizó y musitando se dijo con coraje: —“Soy el comisario Olmos y he venido a ejecutar dos monstruos en nombre de la ley”.

La escasa visibilidad ocasionada por la lluvia y la negrura de la noche, no le permitió distinguir lo cerca que estaba del granero.

A pocos pasos de la puerta percibió el característico tufo de la marihuana, que delataba la presencia de los criminales.

Desde el postigo de una ventana de la casa contigua al granero, unos ojos rojizos llenos de odio y expectantes como el de una fiera lo observaban.

Olmos, con la pistola levantada, de una enérgica patada derribó la desvencijada puerta. Entrando solo vio a Satánio que estaba acostado en una hamaca de red fumando la narcótica hierba. En el acto pensó y la bruja perversa que se pone pelucas rojas, ¡Quietos! Aulló la tenebrosa fiera que lo sorprendió por la espalda. Suelta el arma si no quiere que lo deje frío, no voy a privar a mi hermano de imitar a Moisés

convirtiendo su espalda en un Nilo de sangre, y del placer de dibujar con su brillante lápiz de acero otra obra de arte.

De pronto surgió una vibrante y acerada voz: ¡Policía! —Suelte el arma sino quiere que la congele. —Pero la pantera giró dispuesta para disparar.

El oportuno agente con sobretodo y pasamontañas negros accionó dos veces su justiciera pistola, cuyo resonar se confundió con los truenos causados por esa tremenda tempestad.

Uno de los dos balazos perforó el ojo izquierdo de la sanguinaria Satália, destrozándole la masa encefálica.

En ese instante Satánio alzaba su puñal, apuntando la nuca del comisario, que arrodillado le echó la zancadilla y el monstruo se desplomó de espalda y fue atajado por una filosa guadaña que estaba colgada en una pared, cercenándole la nuca.

Olmos volteó para mirar al providencial y misterioso policía que le había salvado la vida y desde el suelo observó a una figura calzando botas altas, abrigado de negro, que despojándose del pasamontañas dejó ver su larga y hermosa cabellera. Estupefacto contempló a su bella novia, la escultural Patricia Trevers.

Un río de sangre brotaba de la bestia del bastón, pintando de rojo a la guadaña, que le quedó incrustada en la nuca, casi decapitándolo.

Su mirada era cruel, acompañada de un rictus horrible. Era la Satánica mueca de un moribundo psicópata asesino.

—Cariño, me has salvado la vida, gracias. —Amor, gracias son las que hacen los monos. Este endemoniado caso ha terminado. —Comuniquemos este procedimiento al eje de homicidios para que envíen una furgoneta y levanten estos cadáveres.

—Patricia, eres maravillosa, tu imprevista y oportuna llegada me asombra, cuéntame amor por favor, —no fue difícil mi cielo. Comprendí tu preocupación, fui a una zapatería, compre estas botas altas, y luego llegue a mi casa, me puse el abrigo impermeable y el pasamontañas y tome rumbo hacia “Los Apamates”.

Vi tu vehículo estacionado en la estación gasolinera y aparque a tu lado. No podía llamarte porque sabía que tu celular estaba apagado.

A pesar de la cortina de agua y la penumbra, divisé una silueta que trepaba una baja cerca. Obviamente supuse que eras tú. Apenas me separaban de ti, como unos cincuenta metros, luego yo también trepé la cerca.

Varios de los relámpagos te alumbraban parecías una visión fantasmagórica, caminando sobre los vidrios y evitando en zigzag los picos de las botellas clavadas en ese abrupto terreno.

“Los Apamates” parecían bailar una danza infernal.

Después del granero, en ese instante vi a la bruja que ahora le noto su pelo natural teñido con sangre, que con revolver en mano te seguía.

El resto tú lo sabes y que dará como un dantesco recuerdo, contrario a la bella promesa de casarnos al feliz término de este caso. —¡Claro que si amor! Pero la fecha las fijas tú. —Mi cumpleaños es la próxima semana, podemos festejarlo y celebrar la boda conjuntamente, expresó Patricia con infinita felicidad.

CAPÍTULO 10

Por todas partes se comentaba con gran alegría la noticia publicada por los medios informativos: El final del inquietante y escalofriante caso conocido como “El Bastón Asesino”.

Reseñaban también que eran dos hermanos gemelos los tenebrosos criminales, que sucumbieron al enfrenarse a la policía.

Al día siguiente extendiendo la anterior crónica, anunciaban que las autoridades habían hallado numerosos cadáveres rodeados de buitres en un jagüey de la granja “Los Apamates”, lugar donde fueron abatidos los dos malhechores. Entre los cadáveres estaba el de un conocido ferretero dedicado a vender puñales y cuchillos al por mayor. Sus familiares lo habían reportado desaparecido desde hacía varias semanas, todos apuñalados y con los ojos perforados.

Dos días después el alcalde a través de una rueda de prensa, manifestaba su alegría y ratificaba su ofrecimiento de otorgar recompensa, pero ahora con un incremento de 10.000 dólares, para cada uno de los dos valientes y magníficos investigadores policiales que lograron descifrar y poner feliz término al enigmático y espeluznante caso: “El Bastón Asesino”.

La inspectora Patricia Trevers, ascendida a comisario y Ianálbert Olmos fue nombrado director nacio-

nal del cuerpo policial, sustituyendo al actuar por su prevista jubilación. Ambos funcionarios recibieron el merecido galardón: “El Cangrejo de Oro”.

La víspera del matrimonio, el propietario del elegante y espacioso salón de baile “El Cisne Azul”, les ofreció a sus dos amigos su establecimiento para festejar la boda y el triunfo.

Una llamada telefónica, aumentó la alegría de Patricia cuando leyó un nombre en el celular: “Gabrielle”.

—¡Hola hija! ¿Cómo te sientes? Bastante aliviada y muy contenta por vuestro total éxito en esa compleja y peligrosa investigación. Deseándoles de todo corazón la mayor felicidad en el matrimonio. —Gracias Gabrielle, tu deseo es la mejor de todas las felicitaciones recibidas, porque la percibo como el de una hermana menor que no tuve la fortuna de tener. Si en mi unión matrimonial concibo una hija, le pondré el nombre de “Gabrielle”.

—Patricia, que orgullosa me siento por tus sinceras y afectuosas palabras.

—Gabrielle, hemos fijado para mañana realizar el matrimonio eclesiástico, aceptarías ser nuestra dama de honor? —¡claro que sí!, con todo el amor de una feliz hermana.

Una inesperada misiva fue entregada a los regocijados comisarios, cuando festejaban bailando el jubiloso acontecimiento nupcial en el “Cisne Azul”, la cual

fue leída a continuación: —Congratulaciones por la excelente investigación y el éxito logrado, deseándoles un dichoso matrimonio.

—A través de esta carta los invito con mucho cariño a pasar mañana si es posible para ustedes, por mi habitación, tengo un regalo que pienso será de vuestro agrado. Le daré instrucciones al conserje para que abra el portón de entrada vehicular en “Los Cerezos”, tan pronto divise vuestros automóviles.

Les espero

Atte: Roxana Duváles

—Como inesperada la invitación, también les pareció a los recién casados, el familiar y entusiasta recibimiento de la señora Daváles, su rostro reflejaba gran alegría.

¡Felicitaciones! Pasen están en su casa. ¿Qué les apetece? Vino, café, refresco? —para mí un refresco, dijo Patricia complacida, y tu amor? —igual, cariño.

—Deleitándose todos con la bebida, la señora Roxana expresó: —Desde el fallecimiento de mi esposo es la primera vez que siento alegría. —Disculpe señora Roxana, que tiempo de fallecido tiene su esposo? —El mes pasado cumplió dos años de fallecido, respondió con nostalgia la pudiente señora y luego mirando con ternura a la feliz pareja añadió: —Estando con ustedes me siento contenta, me complace y alegra mucho vuestro éxito y felicidad, si hubiese tenido hijos sin duda hubiera querido fuesen como ustedes.

¡Ahora vayamos en mi automóvil para mostrarles la antigua casa donde nací, pasé mi feliz niñez y transcurrió mi vida estudiando para lograr el título de ingeniero, profesión que ejercí casi exclusivamente para mis padres que eran adinerados. Les dirigí la construcción de varios inmuebles, a mi esposo que también era muy rico le diseñé la traza de una edificación de cuatro pisos, destinada para oficinas, esta Villa “Los Cerezos”, es una obra realizada por esta servidora.

Estacionaron frente una casa de dos plantas, un bonito jardín, encantó a los dos funcionarios, que lo expresaron ante la mirada y complacida sonrisa de la señora Duváles.

Al entrar percibieron lo agradable y fascinante del ambiente. Unas pinturas al óleo destacaban y fueron contempladas por la pareja, unos muebles antiguos pero confortables fueron observados. Una espaciosa y bien equipada cocina maravilló a Patricia que manifestó: —Que cómoda y preciosa cocina señora Roxana, la felicito por su buen gusto. Yo yo encantada de que te guste, porque ustedes la van a disfrutar. ¿Cómo así, señora Roxana, disculpe pero no entiendo? —Para que comprendas les diré, que esta vivienda es el regalo que he decidido dar a dos personas de clase y coraje, recién casados, los hijos que no tuve la buena suerte de tener.

Pero señora Roxana, exclamó el comisario Olmos — Nada de peros, ni de gracias ya está decidido. —Jamás

pensé en vender, ni arrendar esta casa. De modo que me siento feliz con esta definitiva e irrevocable decisión.

—Quiero manifestarles también que las puertas de “Los Cerezos”, siempre estarán abiertas para ustedes. Es mi deseo para aliviar mi melancólica soledad.

—Y nuestro deseo expresó Patricia con ojos humedecidos, es que usted nos visite frecuentemente para recibirla como nuestra hada madrina.

EPÍLOGO

Era un hermoso día, cuando la feliz pareja de comisarios llegaron a la delegación policial fueron recibidos con palmadas de aplausos.

Una torta grande con un bastón de caramelo encima, colocada sobre una mesa en el centro del amplio salón de entrada descollaba.

Curiosa ocurrencia de sus colegas que los hizo reír.

Estimulado por la numerosa concurrencia, Ianálbert Olmos, se motivó a dar un breve discurso: —Fue categórico al afirmar la gran importancia de prevenir el delito. Manifestando ese precepto fundamental pensó en un aforismo judicial: —“Las sociedades no operan por las reglas de la moral, sino que obran por una palabra de tres letras: “Ley”.

—Luego se refirió a lo irracional de muchos casos en que numerosos delincuentes, después de haber cometido varios delitos graves, ingresaban por primera vez a un recinto penitenciario.

Al finalizar el corto discurso, un periodista que estaba en esa reunión le preguntó: —Comisario, ahora que usted ha sido nombrado Director Nacional de esta institución policial, seguirá con la misma dinámica en la investigación?.

—Desde luego señor, siempre habrá monstruos para dar caza y aplicar la ley.

De pronto irrumpió en el salón un individuo con un bastón, poblada barba blanca, gafas oscuras, y un sombrero negro de ala ancha, resonando el inquietante tac-tac y el erizante tras-tras de un espeluznante taconeo, ante los estupefactos asistentes que se desternillaban de risa.

—Era uno de los funcionarios de homicidios, que fue en la furgoneta para levantar y llevarse los dos cadáveres.

Un incorregible e inveterado bromista que recogió las nefastas cosas con las cuales se disfrazaba el abominable psicópata asesino.

Contenido

CAPÍTULO 1	9
CAPÍTULO 2	13
CAPÍTULO 3	17
CAPÍTULO 4	19
CAPÍTULO 5	25
CAPÍTULO 6	45
CAPÍTULO 7	51
CAPÍTULO 8	57
CAPÍTULO 9	61
CAPÍTULO 10	69
EPÍLOGO	75

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 14 días del mes de julio de 2023, en el marco de la 5ta Feria Independiente del Libro de Maracaibo; el mismo del nacimiento del poeta Carlos Ildemar Pérez.